

EXPOSICIÓN DEL SEÑOR JEFE DE GOBIERNO DE LA CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES

Señor presidente de ABA, señor jefe de Gabinete de Ministros, señor ministro de Economía, señores gobernadores, señor presidente del Banco Central: les doy la bienvenida a nuestra ciudad y saludo la realización de este evento ya tradicional que despierta, año tras año, grandes expectativas.

Esta reunión de ABA se realiza bajo el lema “Profundizar la modernidad”. Es un objetivo ampliamente compartido, en especial si se toman en cuenta los múltiples atributos del proceso de modernización.

Un país moderno es, sin duda, un país con una economía capitalista sólida, con instituciones igualmente confiables y con reglas claras. Es también un país con instituciones políticas fuertes, con leyes y con el estricto cumplimiento de esas leyes, con gobierno y con justicia.

Un país moderno exige necesariamente -aunque muchas veces se lo olvide o se lo niegue- un territorio y una sociedad integrados económica y culturalmente.

La integración territorial y social son el fundamento sobre el que se construye una Nación.

Porque lo que estamos aprendiendo de un modo doloroso en estos meses, en estos años de crisis, es que la integración territorial y social no es sólo una demanda moral, un complemento ético de la modernidad capitalista.

La integración territorial y social cumple una función sustantiva en un proceso de modernización capitalista que se pretenda serio. Cuando las instituciones de una economía capitalista desconocen esta necesidad de integración se construyen sobre las bases endebles y no se sostienen en el tiempo. Se levantan sobre un tembladeral, vacilan permanentemente, se asoman al fracaso sin darse cuenta nunca de que el origen de su inestabilidad está en el hecho de que subsisten devorando sus propias piernas.

La crisis de la economía argentina está desnudando esta debilidad de nuestro proceso de modernización. Su mayor virtud es que nosotros, los argentinos, la estamos descubriendo.

Estamos descubriendo que hay algo más exigente y distinto que el debate sobre los instrumentos de la política o de la economía. O, dicho con más exactitud, estamos descubriendo que la elección de los instrumentos de la política económica está intrínsecamente atada a la definición de un programa de desarrollo económico y social de la Nación. Hago esta reflexión porque no quiero eludir mi responsabilidad política. Soy muy optimista sobre el futuro inmediato de nuestro país. Soy optimista porque se está haciendo cada vez más evidente que la resolución de la crisis no gira exclusivamente en torno a cuestiones instrumentales sino que exige debatir ideas de más largo alcance.

Sé que el déficit fiscal y la dimensión del gasto público argentino son problemas fundamentales. Lo demostré en el ejercicio del gobierno con una defensa celosa y permanente del equilibrio de las cuentas y la solvencia fiscal de la Ciudad. Jamás pondría en juego un logro de esta magnitud porque sé que es un objetivo alcanzado con el esfuerzo de todos los ciudadanos de Buenos Aires y, por lo tanto, es un patrimonio de la gente.

Pero sé también que si queremos debatir en serio cómo profundizar la modernidad argentina debemos ir un poco más lejos o, si se prefiere, un poco más hondo. Dicho de otro modo, más frontal, la modernización argentina exige agregar algunas otras ideas, además de la batalla por el equilibrio fiscal y la reducción del gasto público.

Y creo que esta suerte de “tormenta de ideas” que debemos desatar los argentinos reclama el concurso de todos y el compromiso de todos. También el de los líderes del sector financiero.

En esta dirección, creo que la noción de competitividad es más densa, es más rica en matices que cualquier otra noción instrumental.

Por lo pronto, para alcanzar una economía competitiva debe haber un objetivo que involucre a todos los sectores sociales y económicos, asignar una misión a cada uno y pautar los comportamientos colectivos. Es decir, esto tiene una dimensión y una escala nacional.

En cambio, el equilibrio fiscal es un objetivo de gobierno, finalmente, un instrumento fiscal. Y es imposible convertir un instrumento fiscal en una causa nacional, que es lo que estamos buscando afanosamente en estos días para poner en marcha nuestra economía.

Algunos de ustedes me dirán que sin equilibrio fiscal y sin reducción del gasto público no habrá competitividad. Es posible. Estoy de acuerdo. Pero yo les respondo que la economía argentina, o mejor dicho la sociedad argentina, no será competitiva ni logrará integrarse al mundo sólo por alcanzar el equilibrio fiscal. Y mucho menos a través de una brusca, brutal reducción del gasto público.

Estoy apelando a los líderes del sector financiero para que comprometan su respaldo a las políticas de reactivación. Porque cuando se habla de la “confianza de los mercados” se está haciendo referencia, sin duda, a las expectativas que despierta una u otra medida económica. Pero en la generación de confianza también inciden -y mucho- los comportamientos de los grandes actores económicos y de los líderes de opinión. Sin duda que los bancos forman parte sustancial en la generación de confianza, tanto interna como internacional.

Creemos que el sector financiero está en condiciones de cumplir una función principal en la reactivación de la economía. Puede ser el instrumento de políticas anticíclicas que favorezcan la reversión del clima de negocios adverso a la inversión y la falta de expectativas sociales. Porque ustedes saben, señoras y señores, que el pesimismo colectivo, la falta de expectativas de progreso de una sociedad y la pérdida de confianza en las instituciones económicas -de las cuales forman parte lo bancos- pueden erosionar cualquier atisbo de reactivación y de crecimiento de la economía, tanto como el déficit fiscal.

Intervenir en el mercado con políticas anticíclicas fue la misión que le asignamos al Banco Ciudad; políticas proactivas. A pesar de las condiciones recesivas de la economía local de los últimos tres años, el Banco Ciudad no disminuyó su oferta crediticia sino que amplió sus canales de distribución y sus instrumentos, concentrando su atención sobre los sectores más afectados por la crisis, que son individuos de ingresos medios y medios bajos, y pequeñas y medianas empresas, ampliando su cartera. Creemos que el Banco Ciudad es un caso paradigmático de cómo un banco oficial puede convertirse en una institución eficiente y, al mismo tiempo, orientado a sostener un proyecto de sociedad competitiva.

Para terminar, señoras y señores, quiero insistir en la idea de que si somos capaces de ampliar nuestra mirada y trascender la perspectiva técnico-financiera para incluir también la dimensión social de la economía, podremos enfrentar esta década con mucho optimismo. Basta con medir la demanda latente que existe hoy en nuestra economía para darnos cuenta de que es posible desatar un proceso de crecimiento explosivo. Sólo se requiere que nos comprometamos con el proyecto y que concentremos todos nuestros esfuerzos -aquí y en el mundo- en ese objetivo.

Muchas gracias. (*Aplausos.*)